

VIDA DE FALCHETO

[La Trapesonda...] el quarto libro del esforçado cauallero Reynaldos de Montaluán, que trata de los grandes hechos del inuencible cauallero Baldo y las graciosas burlas de Cingar, sacado de las obras del Mago Palagrio en nuestro común castellano, impreso en Sevilla por Dominico de Robertis en 1542

[Basada en Macaronicorum Poemata del benedictino Teófilo Folengo (o Merlín Cocayo), 1517 reescritos en 1521]

CAPITULO VII. -DE CÓMO FALCHETO CONTÓ LA FÁBULA Y FICIÓN EN QUE FUE TORNADO PERRO Y LOS TRABAJOS QUE PASSÓ EN TANTO QUE LO FUE HASTA QUE FUE BUELTO EN MEDIO PERRO.

Estando un día los tres compañeros con Baldo en el campo de Cipada, no teniendo qué hazer ni más en qué entender, comienza a dezir Baldo: "No poco espanto me toma quando en tan poco espacio y entre quatro compañeros aya tanta diversidad de cuerpos, y aunque las vidas de Fracaso y Cingar no he sabido, querría en gran manera saber del señor Falcheto, si por milagro divino fue aquello["aquello" consiste en que su cuerpo tiene forma humana de cintura arriba y de perro el resto] o naturalmente o por hechizos lo que assi lo tornó, por lo qual [fol. 7 a] yo vos ruego que, pues ay espacio, me lo contéys." Falcheto, que mucho amor avía tomado a Baldo, dixo: "Por cierto, muy amado Baldo, lo que me pedís es una cosa assí dolorosa y llena de angustias para mí, lo otro larga y algo prolixa de contar todos mis trabajos cómo fueron; los cuales en parte son de llorar, en parte de reýr, por lo qual os ruego que, pues yo os quiero complazer, estéys atentos que desde agora comienço a contar toda mi vida." Oyendo esto se pusieron todos tres a la redonda y él en medio sentado comienza assí a contar su larga vida y trabajos.

Avéys de saber, fieles compañeros, como yo fuy hijo de un caballero de Constantinopla llamado Pulicano, el qual me crió hasta edad de quinze años en la forma verdadera de hombre; donde era de tanta ligereza, que las liebres alcançava corriendo, los más ligeros cavallos a pie los passava, de tal manera, que en Constantinopla tenían de qué maravillarse y los estrangeros qué contar de mi ligereza. Yo era el hombre más **aficionado a las artes mágicas** que fuesse en el mundo, lo qual consultando un día con un mi compañero, dixome que en una provincia allí cerca par del estrecho de **Gallípol** se usava mucho esta arte. Yo, teniendo mucha voluntad de yrme allá y estando en este pensamiento algunos días, murióseme en tanto mi padre, y aviendo venido a mí toda la hazienda, juntándola toda, fleté una nao en el puerto de Constantinopla. Donde metiendo todo mi dinero me embarqué. Aviendo entrado ya en alta mar como se suele hazer, comienza a venir una muy grande tempestad, donde nos cubría el agua la nao. Todo estava mojado. La nao con el peso de las mercaderías se yva a lo hondo, donde los marineros, aviendo luchado en vano con la tempestad, vino a nosotros, que estavamos temblando, el maestre, muy [fol. 7 b] turbado, y dixonos: "Amigos, esforçaos y poné la esperança en Dios; ya dexo de ser señor de esta nao; han vencido los vientos; han desbaratado las fuerças de la tempestad quanto estaba en nuestra defensa. Bien sabíades que esto no era particular a una persona. Lo que resta es que coloquemos nuestra esperança en lo celestial: cada uno se apareje para lo último, pues que no podemos más. Ya la nao se hunde; si más esperamos, no tenemos remedio. Lo que avemos de hazer es descargar toda la nao de las mercaderías, que assí nos lo manda la necessidad, con la qual hazemos a las vezes muchos males. Más vale proveer a la vida en el peligro que no

morir juntamente con las riquezas." Assí acabó de dezir sus breves y muy ásperas razones el maestre. Donde se comiençan a echar en la mar muy preciosas mercadurías y mi hazienda entre medias. Estava allí entre nosotros un embaxador de Trípol que avía ydo a Constantinopla y muy pobre, donde bolvía bien rico y lleno de muy ricas vestiduras y vasos de oro, lo qual todo tenía en un cofre tumbado, y él estava encima con toda la tempestad, no haziendo caso de la tempestad, pues estava encima de sus riquezas. Pues como los marineros y nosotros anduviéssemos a buscar las cosas que eran de pesadumbre para aliviar la nao, hallámoslo a él de aquella manera. Dándole bozes que se levantasse, que le queríamos echar aquel cofre en el agua, comienza a dezir que qué avíamos nosotros allí puesto, que si lo avía ganado, que buen trabajo le costó a ganarlo. A estas palabras dixo el maestre: "Mira, Tripolino; no te dezimos nada de esso, sino que como avemos hecho todos, hagas tú, y echa esse tu cofre al agua." A esto respondió muy ayrado el embaxador y dixo: "Si vosotros fuystes mal aconsejados en echar lo que ganastes [fol. 7 v. a] con tanto sudor en la agua, que no os lo agradecerá nada, ¿por qué lo tengo de hazer?" Estando en esto, menéasse la nao y cubriónos una muy grande ola, de la qual todos comiençan a dar, diciendo muy grandes bozes contra el embaxador de Trípol: "¡Échenlo a él con su cofre dentro en la mar!" Y diciendo esto, sácanse por fuerca y echaronse en la agua. El Tripolino, fuera de seso, se fue corriendo al borde de la nave a ver su amado cofre, demostrando tan grandissimo dolor como si las entrañas se le rompieran, maldiziéndose a ssi mismo y a aquel que su vida encomienda a tan bárvaro elemento y a tan implacables y rezos vientos; los cuales ni por esto se aplacaron, que las muy gordas sogas y maromas se rompieron. Donde luego mandaron que el mástel sea echado en la mar con las entenas. Allí viérades muy dolorosos gemidos de los passageros, gritos muy grandes de las mugeres, confusión de bozes; otros pensavan aplacar el mar con echarle olio y otras cosas, hablándole con muy dulces palabras. En tanto la nao, con la muy grande tenpestad, fue llevada a unas muy ásperas peñas, donde se hizo muy menudas pieças, y todos quedamos en tierra como salieron: sanos y salvos, pobres y desnudos.

Donde aviendo estado algunos días refrescándonos, repartimos por muy diversas partes. Yo quedéme en aquella tierra, la qual supe que era muy fértil, y aun que en ella se usava muy mucho la arte de nigromancia. Donde assí desnudo comencé de caminar por una grande floresta, y andando assí, vide en un muy grande campo andar muy grande compañía de cavalleros con gran multitud de perros detrás de una cierva, la qual traía los perros cansados y a los cavalleros perdidos, y avíales tomado el llano y corrían tras ella no muy lexos de mi. Yo, que mis fuerças tenía ya cobradas, tomando gran ánimo de osar [fol. 7 v. b] alguna cosa que allí delante aquellos cavalleros me valiesse, atándome bien y quitando todo lo que me pudiesse embaraçar, comienzo a correr contra la cierva con un bastón en la mano. Yo, que yva rezió tomando huelo, passé como una saeta los cavalleros y con muy grande ventaja sigo a la cierva. Los cavalleros que tras ella yvan pararon, diciendo: "No es poco de maravillar lo que aquel mancebo ha acometido con su gran ligereza." Ya yo avía tomado el ayre a la cierva, y atajándole una entrada de un bosque, donde allegando a ella, tiéndole el bastón, en el qual topando, le di tan grande golpe en el suelo, que de muy molida más no se pudo levantar, y yo luego la tomé. Ya avían allegado los cavalleros, y, maravillados, me preguntaron que dónde era. Yo se lo díxe, y donde ellos me llevaron delante el rey de aquella tierra, diziéndole todo lo que avía hecho, de lo qual quedó espantado y díxome si quería assentar con él. Yo le respondí que de muy buena voluntad.

Desde entonces me fue bien en casa del rey dos años, donde era del rey muy querido y de todos muy amado; donde tuve un muy grandissimo amigo llamado Archedón. Este tenía por amiga una muy gran maga de aquella tierra, a donde fuemos un día por

folgamos. Y estando todos tres a la mesa, comenzó la maga a contar las cosas que le avían acontecido a cavalleros con ella y de cómo los avía tornado muchas vezes en diversos animales y otras cosas. Assi lo contó. Yo, que de aquello no podía creer que aquello fuesse verdad, comiencéle a dezir que no podía ser aquello ni que lo creería hasta que lo viesse. Y entonces, pensando una maldad, dixo la maga: "Bien es que el hombre no lo crea hasta que lo aya muy bien experimentado." Y assí se calló. Donde haziéndose algo tarde, fuémonos yo y mi compañero a palacio. Donde después de aver [fol. 8 a] cumplido nuestro oficio, venida la escura noche, fuémonos a dormir en una gran sala par de la casa real, que tenía unas finiestras que salían hazia el campo. Entonces era el invierno. Aviando ya passado la mitad de la noche, estando yo despierto y mi compañero durmiendo, oygo gran estruendo, y en aquel instante abriéronse las puertas de las finiestras y entran por ellas tres viejas altas de cuerpo, muy flacas, con dos vasos en las manos. Yo entonces ni podía hablar ni llamar a mi compañero, sino medio velando, aviéndome tapado la luz el gran miedo, estava así quedo. Todas tres se allegaron a mí, y puesta la una a los pies y la otra a la cabeça y la más alta en medio, comienza a dezir: "¡O Falcheto, mancebo sin saber, que a los dichos de la maga amiga de tu compañero no quisiste dar crédito, agora lo pagarás con liviana pena!" Y diziendo esto, me toman todas de braço assí desnudo y sácanme por las finiestras sin que yo pudiesse dezir cosa, sino con una grande pena y dando gemidos me llevan por aquellos ayres fríos; y aviéndome traýdo bien por encima la casa del rey, dándome grandes golpes, rociándome con aquel liquor de aquellos vasos que traýan, que era más frío que yelo, ya bien contentas, pónenme en un cementerio de muertos que allí enterravan los que algún delito avían cometido y métenme en una sepultura; donde no sentía más de el mal hedor y la escuridad. Donde me dexaron bien por dos horas, y después tornáronme a sacar y, cargando sobre mí unas sogas que avían quitado a dos rezién ahorcados y gran multitud de dientes de muertos, se van a otro cementerio, de tal manera que hezimos más de diez paradas, y creo que, porque yo no me fuesse mientras ellas andavan buscando lo que avían menester para sus encantamentos, me metieron en la [fol. 8 b] primera sepultura que abrían. Donde no tenía yo ningún acuerdo de mí, sino lo que aquellas magas hazían. Donde ellas, aviendo cumplido y hallado todo lo que buscavan, toman todo lo que yo llevaba auestas, y a mí tórnanme a llevar con la misma solemnidad por el ayre a las finiestras de mi cámara, y ellas fuéronse. Donde ya que avían passado las tres partes de la noche, quedé tan molido y tan temeroso que no podía hablar y todo oliendo sepulturas, de tal manera, que por dissimularme fue a echar a mi cama. Tanto era el hedor que yo traýa, que ni yo podía descansar ni mi compañero reposar; el qual aviendo despertado, contéle todo lo que avía passado, de lo qual se quedó él riendo y diziéndome: "Digos de verdad que las tres magas hermanas de mi amiga, que porque menospreciastes sus palabras os ha acontecido esso." "Pero ¿cómo podría -dixe yo- quitarse este mal olor de muerto que me sale de todo este mi cuerpo?" "Para esso muy buen remedio ay --dixo mi compañero--. Yo, secretamente, miraré el libro de la maga mi amiga en que se declaran muy bien todos los ungüentos que tiene en su cámara, y yo os prometo que os trayré uno dellos." Y diziendo aquesto, se vistió de presto, y dexándome allí, se fue a casa de su amiga; pero en el camino topó con un hijo de una de aquellas magas, el qual tenía muy grandíssimo odio conmigo, porque no privava tanto con el rey por mi causa (como en semejantes cortes se suelen hazer los cavalleros mancebos viendo que alguno priva más que ellos con el rey). Y entonces preguntó a mi compañero dónde yva. El, que ningún secreto sabía guardar, cuéntaselo todo assí como a mí me avía acontecido (según después bien supe y aun él me lo dixo). Allí le dixo el hijo de la maga, que Aungacio se llama[fol. 8 v. a]va: "Pues, señor Archedón, dexáme esse cargo, que yo os lo trayré en la tarde a vuestra sala." Entonces

Archedón, agradeciéndoselo, buélvese a mí y cuenta todo como passó, de lo qual me alegré, no catando en el odio o desamor que el otro me podía tener. Venida ya la tarde, he os aquí donde viene Rugacio [*sic*] con un vaso lleno de un olio muy bueno y muy claro; el qual medio, diziendo: "Señor, esto os lo avéys de untar a media noche por los mismos lugares que vos cogistes esse mal olor." Yo lo tomé de muy buena voluntad, y, venida la hora, no diziendo cosa a mi compañero, me salgo por una puerta falsa de la casa real y comienço a andar por los lugares que más me acordava, y assí mismo quitadas todas las ropas, me unté todo el cuerpo. [Metamorfosis] Donde viérades allí una cosa maravillosa: perder el cuero su tez y pararse áspero, todo peludo; encorbávaseme el cuerpo; mudárseme los braços en forma de animal. Lo último que me unté fue la cara, y éssa, más presto dexando su forma, se tornó en cabeça de grande perro y así mismo todo el cuerpo, no para que yo pudiese verme, sino que sentía yo estar assí, no dándome mucho por ello, pensando que todo sería como lo de la noche passada. Pero no fue assí, que, acabado el unguento, yo quedé en forma de grande perro. Donde viéndome assí la cabeça hazia el suelo, ya bien noche que declinava hacia el día, determiné de yrme hazia la casa real, donde a la mañana hallaría remedio. Pues començando camino nuevo, no uve andado mucho, quando topé con la ronda que solía andar allí siempre. La qual, como yo conocía muy bien, creyendo que no avría perdido la boz, alleguéme a él para hablalle algo y contarle alguna cosa de lo que me avía acaescido. Pero en lugar de hablar, començé a ladrar. Entonces bolvieron hazia mí los de la ronda, y como vieron un perro tan grande, con gran placer van a mí para tomarme y llevarme atado que les ayudasse a ron[fol. 8 v. b]dar, pero yo me pusse en defensa assí con los dientes como con los encuentros que les dava. Allí el alcalde dava bozes diziendo: "¡Matadlo! ¡No nos estorve nuestro camino!" Pero nadie se osava llegar a mí. Pero con piedras me adobavan el nuevo cuero, donde, sin más parar, me di a huyr por toda la ciudad. Y sin aver remedio, venida la mañana, conociéndome los que la noche avían andado en la ronda, comiençan a tirarme diversidad de piedras. Donde aviendo yo caído en poder del pueblo, comiençan a yr tras mí, no dexándome parar. De tal manera salí molido de las piedras como de las mordeduras de otros perros de la ciudad, y caminando por el campo, muerto de hambre y de cansancio, mal parado, me eché en una senda real donde quiçá hallasse quien me llevasse a su casa. Donde estuve un día, y pasando dos hombres por allí, como me vieron tan grande, acodiciáronse a llevarme consigo, y halagándome con pan y otras cosas, me llevaron y llamáronme Vestigato. Donde allegados a una gran cibdad llamada Aliaga, y fuéronse al mercado y mercáronme un lindo collar de cuero de tigre, y pusiéro[n]melo con su cadena, y diéronme a un moço que traían. Y assí como se andavan por el mercado adelante, hallaron una gran compañía de hombres y mugeres que tenían en medio a un hombre mal vestido y haciendo rayas en el suelo, y teniendo la mano de los otros, llamándose adevino que sabía las cosas por venir. Uno le preguntava cómo le acontecería en su casamiento, otro en su mercadería, y assí cada uno le dezía de lo que más le dolía. El respondía a cada uno, apartándole, a la oreja, y el otro, engañado, dava cierta cantidad de dineros et ývase. Pues como assí estuviesse engañando a la gente, allegó un aldeano, preguntándole cómo le avendría en lo que sembrasse. El adevino le dio tan buena esperança, que el aldeano sacó todo lo que tenía en la bolsa para darle [fol. 9 a]. Lo qual viendo un compañero de los que me traían, haziendo cosas de gran placer, se entra por entre la gente y comiença a dar bozes al adevino: "¡Dios te salve, mi compañero! ¿Qué hazes aquí? ¿Cómo te veniste tan presto de tu patria? ¿Qué hazes? Tu padre y tu madre te andan a buscar. Mira si me conoces." A estas bozes volvió el adevino y paróselo a mirar en la cara, y como en toda su vida no lo avía visto, comiença a dezir a mi compañero: "Dezí, hermano, ¿quién soys?" Pero él, haziendo más del conocido,

abraçólo muy fuertemente no lo dexando, y diziendo: "¿Pues cómo no me conocéys que morava par de vuestra casa y nos criamos juntos?" El adevino, no atinando quién era, dixo: "¿Eres tú Tragelo, hijo de nuestro vezino?" "Sí", dixo mi compañero, aunque él se llamava Poladio. Pero aún no estava cierto el adevino y preguntávale muchas cosas. Pues estando en estas preguntas, el buen aldeano, tornando a meter los dineros en la bolsa, se descabulle de entre la gente y vase, de adonde todos quedaron riendo, y Poladio, que no podía tener ya la risa, comiença a dezir, apuntando al adevino: "Mirá, señores, este hombre que no sabe aun lo presente, cómo se le va el otro con los dineros, ¿cómo sabrá lo que ha de suceder de aquí a muchos años?" Todos, mirando en esto, cargan del pobre adevino, demandándole los dineros que les avía llevado; despojándole cada uno por su parte, quedó vazío y con grandes oprobios, echándolo del mercado por voluntad del pueblo, viendo cómo aquél, con sus falsos pronósticos y agüeros, dexádoles la bolsa vazía.

Después de aver estado algunos días, me vendieron a un hombre poderoso de allí, que tenía grandes manadas de ovejas y de cabras. Donde yo fue llevado a su casa, y por la primera vez diéronme muy largamente de comer [fol. 9 b]; luego, en la tarde, fue entregado a un pastor, el qual me llevó al campo para que con los otros perros guardasse el ganado. Donde no me dexava de acuytar y de llorar entre mí la desdicha que me avía venido. Donde falta tiempo para contar los trabajos que passava: de día era maltratado de los pastores, donde de la ración que me enbiavan nada me davan, sino lo que a ellos le[s] sobrava, y aun sobre esto era mi pelea con los otros perros. En fin, que en pocos días avía perdido toda la mayor parte de mis fuerças. De noche estávamos en vela por causa de los muchos lobos que avía en aquella tierra.

[Cuento] En este tiempo allegóse el tiempo de tresquilar las ovejas; vino el hijo de mi señor con su padre y concertaron de llamar todos sus amigos cercanos que les ayudassen. Los quales, cada uno por sí, prometieron de venir, pero no vinieron. Lo qual viendo mi señor, que era hombre anciano, dixo a su hijo: "Mira, hijo, no confíes en otro sino en ti. ¿No as oydo la fábula de la cogujada? Y porque sepas y avises para otras cosas, te la quiero contar. Bien sabes como ay una avezilla cuyo nombre es cogujada, la qual haze nido en las miesses. Ésta acaso avía tomado asiento en unas miesses tempranas más que las otras, por lo qual, estando ya el trigo roxo, la caña bien alta y que se quebrava, sus pollos aún estavan sin plumas. Pues como ella fuesse a buscar de comer para ellos, amonestóles que, pues estavan ociosos y sin cuydado, mirassen diligentemente qué cosa nueva se hiziesse o se dixesse allí, porque se lo dixessen en bolviendo. Ya que se uvo ydo, el señor de las miesses llama a su hijo, un mancebo de tu edad, y dize: «Vees como este trigo está ya de su tiempo y demanda nuestro trabajo; por lo qual el día venidero, así como amanesca, ve a tus amigos y a los míos ruégales que vengán y trabajen con noso[fol. 9 v. a]tros, que assí haremos con ellos, y ayúdennos.» Después que dixo esto, vasse, y buelve la cogujada luego; los pollos, temblando, pónense a la redonda, comiençan a rogar que luego se dé priessa y que los lleve de allí a otro lugar, porque dize el señor embió que rogassen a sus amigos que viniessen de mañana a segar el trigo. Su madre entonces manda a sus hijos que huelguen y no tengan miedo alguno, «porque si el señor encomendó la mies a sus amigos, mañana no se segará, ni ay necesidad que oy os quite de aquí». En la mañana, ella se va a buscar de comer; viene el señor; espera a los que rogó; el sol comiença a hervir; nada se hizo y ningunos amigos avía. Entonces dize otra vez a su hijo: «Estos amigos en gran parte son muy tardíos; ¿por qué antes no vamos y rogemos [sic] a nuestros parientes affines y vezinos que mañana estén aquí a tiempo en todo caso?» Assí se fue. Luego los hijos de la cogujada cuentan esto a su madre, pero ella, como era vieja y experimentada, los amonesta que estén sin miedo y sin cuydado, «porque los parientes y vezinos no son tan

complazedores y obedecientes que nada se tardan a tomar trabajo y a obedecer luego. Y vosotros mirá si dize más de nuevo». Luego otro día vase ella; los parientes dilatan lo que les avían encomendado; pero al fin dixo el señor a su hijo: «¡Váyanse con Dios los amigos con nuestros parientes! Trayrásme mañana muy temprano dos hoces. Tomarás una para mí y otra para ti, y nosotros, con nuestras manos, seguemos nuestro trigo.» Lo qual después que la cogujada oyó que avía dicho el señor: «Ya es tiempo -dize- de yrnos y de apartarnos de aquí, porque de verdad se hará lo que dixo; porque en él está la cosa, pues que es suya, y no en otro.» Y assí ella mudó el nido, y la mies fue segada del señor y de su hijo. Esto nos amonesta, hijo, que no confie[fol. 9 v. b]mos como livianos en el secorro de nuestros amigos o parientes." Aviendo acabado de dezir esto el padre al hijo, tomé yo mucho plazer, que estava cerca, y aun queríaes contar otras cosas en medio de aquéllos, pero ello se quedó entre los dientes y aun la boz en ladridos. Assí tresquilaron sus ovejas; donde yo passava muy mala vida.

Un día uvo gran rebuelta entre los pastores. Yo, apartándome de allí a gran priessa, me meto entre los montes, de adonde comienço a caminar hazia una grande cibdad que no muy lexos estava, donde allegué en poco rato por donde me andava, no sabiendo qué hazerme.

Donde oy gran fama de **dos magos**, los quales, según oy, eran enemigos y procurava cada uno de quitar el poder al otro. El uno de ellos se llamava Amiraldo, y oydo donde morava, sin más dilación me voy a la puerta de su casa, diciendo entre mí: "¡O quién tuviera agora la habla para poder declarar a Almiraldo mi intención, mi desventura y todo mi hecho! Pero, en fin, entraré y por señales conoscerá quién soy." Donde entrado, vilo estar sentado en una silla. El qual, como vido entrar allí un perro a desora y que me echava a sus pies haziéndole muchos halagos, conoció luego como no era verdadero perro. Donde tomándome por el collar, méteme en una cámara, y aparejando todo lo que convenía para aquel mágico exercicio, pone en obra lo que yo no podía demandar. Donde juntando muchas cosas y diciendo sobre ello muchas palabras de sus conjuros, póneme en medio un círculo, y allí haziendo sus carateres, comiença a untarme desde la cabeça doze vezes hasta la mitad del cuerpo, con lo que los caninos pelos de mi encorvado cuerpo se caían; **[metamorfosis inversa]** ya el medio cuerpo estendiéndose, se me endereçava; el cuero, que antes era duro, con aquellas salutíferas cosas se ablandava, tornando en su blancor [fol. 10 a] a su color; las espaldas y pechos bolveron a la primera forma; y las piernas de perro bolveron a estenderse; encogerse las uñas; **abrirse la mano, como haze la flor que con el rocío de mañana se abre**; ponerse en su lugar los ombros con su pescueço; acortarse la abertura de la boca; ponerse los dientes donde convenía; las narizes y ojos y frente tomaron el primer lugar, con sus cabellos y barvas. Desto tomó tanto plazer el mago, que me abraçó como si él me uviera criado. Yo estava atónito. Apenas osava hablar, porque acaso no ladrasse en lugar de hablar. Estando en esto, que la ventura no me dexava de perseguir, hízose gran escuridad en la cámara; el mago y yo caímos en el suelo, donde estuvimos gran espacio; y después despertamos. Donde el mago ni halló las confeciones ni el libro con que se regía, que, como la historia ha contado, este sabio tenía por enemigo a otro, como en semejantes oficios se usa los unos quitar la fama a los otros (donde se verifica aquel antiguo refrán: *¿Quién es tu enemigo? El ques de tu oficio*). Donde el sabio, sintiendo de qué parte era aquello, me dixo: "Avéys de saber, amigo, que aquí no puedo hazer más. Mi enemigo, el otro mago, porque yo no ganasse esta honrra, me ha quitado los instrumentos con que os avía de acabar de bolver en vuestra propia forma." Yo quedé de aquello muy triste, rogándole si sabía cosa con que acabasse de bolverme. El, que también estava de aquello muy ayrado y triste, no pudo hallar sino que en **Galatia** sería acabado de bolver a mi primer estado. Allí estuve escondido dos días, y dándome vestidos a mí

conveniend[o], me embió. Yo andando muchas tierras y cortes de reyes, donde me rogavan que assentase, pero no he querido por cumplir mi desseo. En el camino hallé a mi amado Cingar, el qual me ha acompa[fol. 10 b]ñado hasta aquí, donde he venido a tomar amistad con vosotros, señores. Donde espero aver el remedio.

Con estas palabras, calló Falcheto. Todos se espantaron, maravillándose cuánto poder avía tenido la arte mágica.

Alberto Blecua

Libros de Caballerías, latín macarrónico y Novela Picaresca: La adaptación castellana del «Baldus» (Sevilla, 1542)